
Carlos Gallegos*

*PERSPECTIVAS
DE LA UNIVERSIDAD*

Encargada por ley de educar, crear y difundir el conocimiento y la cultura —y a veces, todo esto vinculado a las necesidades del desarrollo nacional—, la Universidad pública mexicana debe realizar sus tareas sustantivas a través de las distintas funciones que la sociedad le asigna:

1. producir y transmitir las ideas y los valores que sirvan para orientar la vida social;
2. servir como instrumento de conservación y de transformación de la sociedad;
3. producir el saber científico y técnico y transmitirlo en forma ampliada para que sirva a las fuerzas productivas;
4. producir y reproducir al personal calificado que sirva a las necesidades del aparato productivo y de la gestión de los asuntos públicos y los negocios privados;
5. servir como espacio de articulación, como instrumento de control o de mediación de las correlaciones de fuerza que se debaten al interior de la sociedad y del Estado.

Funciones de naturaleza política, económica y social que constituyen una forma de socialización específica cruzada con:

- Las exigencias impuestas por el propio desarrollo del conocimiento científico y del avance tecnológico.

* Profesor adscrito al Centro de Estudios Básicos en Teoría Social de la FCPyS-UNAM.

- Las tensiones impuestas por el modo de articulación y el conflicto que resulta de la acción de quienes la integran: autoridades y administradores; profesores e investigadores, estudiantes y trabajadores, y por
- Las formas que asumen en su interior el modo de articulación y el conflicto que producen la intervención de agentes externos a la Universidad.

Vasta complejidad que confluye en la práctica académica, donde al tiempo que se produce y transmite el saber, se asigna a cada uno su lugar en la división social del trabajo, y se asegura su adhesión para alcanzar el concenso y legitimar una dirección cultural del proyecto dominante.

Circunstancia que no se contrapone con el hecho de que la ciencia como un saber en constante cambio tiene sus propias leyes derivadas de su dinámica interna de crecimiento. Autonomía del conocimiento que a través de la Universidad se convierte en patrimonio colectivo, valor social que conduce naturalmente a la reflexión y al pensamiento crítico, herramienta indispensable del análisis lúcido que necesita la transformación de la sociedad.

Desde su fundación por Justo Sierra, la Universidad siempre ha tenido un lugar central en el proyecto nacional y si bien nunca hemos tenido un proyecto de Universidad que proponga resolver específicamente las necesidades sociales, lo cierto es que la Universidad pública mexicana formó a la mayor parte de los profesionales que se ocupan en la gestión pública y privada y a los humanistas, científicos y técnicos que tenemos, a quienes, por otra parte, apoya para realizar la mayor parte de la producción intelectual de nuestro país, al mismo tiempo que es en su seno donde se alberga lo mejor de la reflexión y el pensamiento crítico. Es, sin la menor duda, la más importante promotora de la difusión de la cultura. Marco de referencia positivo indispensable para entender y valorar cabalmente cómo estamos al empezar 1989.

Hoy el problema está a la vista de todos: asistimos a una profunda desvalorización del papel de la Universidad, expresión social de la crisis que ésta vive en su interior porque no cumple cabalmente las tareas que la sociedad le asigna. No está creando el saber que requiere la modernización del aparato productivo y de la gestión pública y privada, empieza a dejar de servir como mecanismo de socialización y poco a poco empieza a perder su papel central en la orientación de la política, la cultura y la vida de la sociedad.

Desfase entre la tarea asignada y su cumplimiento que lleva a una crisis casi permanente, que al interior se busca resolver con reformas que al final poco sirven a su propósito porque tan pronto un nuevo plan de

estudios o proyecto de reforma está listo para ser aplicado, queda rezagado frente a la dinámica del conocimiento científico y del avance tecnológico o del mismo aparato productivo. Así que la Universidad siempre aparece detrás de las necesidades de la vida social.

Ciertamente que en una economía de mercado en crisis y por añadidura altamente dependiente, los factores no controlables hacen casi imposible poder adelantar precisiones cuantitativas y cualitativas sobre los requerimientos sociales y también sobre el peso que tienen las razones de oportunidad política que con excesiva frecuencia definen la toma de decisiones en materia educativa, para no adelantar ahora el problema de la escasez de recursos.

En el umbral del año dos mil, la rápida y enorme expansión de las fuerzas productivas han dado paso a una revolución científica y tecnológica enmarcada en una creciente concentración de la propiedad financiera, industrial y del saber, base de una articulación de lo económico con lo político. Este proceso multiplica la amplitud y diversidad de los requerimientos sobre la universidad, obligada a transformarse constantemente para responder con eficacia y oportunidad a los problemas que plantea el desarrollo del conocimiento, el desarrollo de las fuerzas productivas y las necesidades de gestión de los asuntos públicos y privados.

Esta nueva articulación está generando enormes cambios en las relaciones económicas y políticas internacionales y nacionales, que en México se traduce en una profundización de la crisis económica y social —y ahora política—, cuyos rasgos más agudos empezaron a darse en los setentas. Crisis marcada por un orden económico internacional muy desequilibrado; por el deterioro constante de los términos de intercambio; por una inflación crónica acompañada de recesión; por un peso excesivo de la deuda interna y externa; por un desempleo y subempleo masivos, junto a una limitadísima oferta de nuevos empleos que exigen nuevas calificaciones y un sistema político cuya respuesta a la crisis es el abandono del proyecto nacional revolucionario —nuestro peculiar estado de bienestar social— por un proyecto modernizante neoconservador, cuya aplicación ha traído: la profundización de la dependencia económica y política que nos convierte en importadores netos de capital y tecnología; la pérdida relativa de la capacidad de negociación internacional, el abandono de algunas de las funciones rectoras del Estado y la cesión de empresas estratégicas al capital privado; la irrupción incontrolada de capital y mercaderías extranjeras en el mercado mexicano; la caída vertical del nivel de vida de la mayor parte de la población; el progresivo deterioro en la calidad de los servicios sociales públicos que tampoco se amplían, todo lo cual ha dado paso a formas agudas de descomposición social que al expresarse en la educación superior y en la

Universidad, exhiben la dimensión de sus problemas y los límites de su capacidad de respuesta, tal como hoy funciona.

Ello en un marco donde el crecimiento de la población históricamente siempre ha ido muy por delante de los recursos. Dentro de una década seremos más de 100 millones de mexicanos, de los cuales más de 76 viviremos en las ciudades —concentrados en tres o cuatro megalópolis— y según el escenario de fecundidad, absorción y eficiencia terminal que se escoja, de acuerdo a un reciente estudio del Consejo Nacional de Población, la matrícula en educación superior puede ir de 848 011 a 2 078 512 estudiantes. Por lo pronto, según el último Informe Presidencial en 1988, hubo 1 071 352 alumnos, atendidos por 98 349 maestros, en 1 079 escuelas de educación superior; estudiantes educados en la ideología de la igualdad de oportunidades para todos, pero que empiezan a convencerse de que la educación dejó de ser un canal seguro de movilidad social.

Para atender un desafío como el que ya tenemos enfrente, la política neoconservadora de asignación de recursos al gasto social, ha logrado que respecto al gasto educativo en relación al Producto Interno Bruto, nos ubiquemos entre Bolivia y El Salvador, muy abajo de Barbados, Costa Rica, Chile, Guyana, Honduras y Jamaica. (Informe Anual del Banco Interamericano de Desarrollo, 1987, pp. 66).

Y de tan magro gasto, resulta que según los datos más confiables y recientes que se pudieron obtener, el gasto en educación superior en relación al Producto Interno Bruto, fue de 0.86 en 1982 a 0.23 en 1987 apertura programática que deberá ajustarse a la baja frente al dato del presupuesto realmente ejercido, pues hay que recordar que hubo varios recortes a lo largo del año. El gasto en ciencia y tecnología pasó de 0.05 en 1982 a 0.02 en 1987. Para 1988, como lo sabemos todos, la contracción en el gasto social fue todavía más pronunciada. (María Teresa Márquez. Estudio sobre formación de personal. Versión preliminar, 1988).

Política cuyo efecto inmediato es el abandono de buen número de proyectos de investigación o de difusión o el retraso en su ejecución la renuncia a cualquier innovación; la imposibilidad de renovar equipos o instalaciones y hasta de enterarse de lo que se hace en el mundo. Tampoco puede pensarse en abatir los grandes rezagos que tenemos en materias como: educación indígena, eficiencia terminal o la alfabetización funcional. Y lo último, pero no menos grave por su efecto directo en la calidad de los servicios: la caída vertical en el nivel de vida de los docentes e investigadores.

Un trabajo más amplio podría recoger también problemas tan complejos como las desigualdades regionales en la prestación de los servicios; la actualización de la oferta de formación profesional; la vinculación

de la tarea educativa con las necesidades sociales; una vida académica maniatada por una administración que en primer lugar se sirve a sí misma y no a la academia. Lista indicativa que no inventario.

Pocas líneas para presentar apretadamente las principales dificultades que experimenta la Universidad a las puertas del año dos mil. Para la Universidad del futuro hay –según creo– dos escenarios posibles.

Uno. De continuar esta política de abandono de las responsabilidades sociales del Estado y de no enfrentar a fondo la crisis interna de la institución, el efecto a muy corto plazo tendremos una universidad pública disminuida, caracterizada por un deterioro irreversible de los servicios que presta que la llevará a contraer la oferta de formación profesional y de la matrícula de ingreso; por un recorte obligado de personal que, por otra parte, por sí mismo, dejará su trabajo académico por otras tareas –en el extranjero o en la empresa privada– que le permitan un mejor nivel de vida. Y seguramente a una larga sucesión de conflictos y tensiones internas que le impedirán cumplir sus tareas fundamentales. Tareas que se encargarían a centros de excelencia, de investigación y docencia de élite, públicos y seguramente privados, que formarían una élite creadora del conocimiento, encargada de la dirección y la orientación de la sociedad, mientras que a la Universidad le tocaría transmitir ese conocimiento y dirección que le fueran dados para formar los cuadros de apoyo.

Sin embargo, gracias a la crisis que ha desnudado y agudizado como nunca las dificultades, las fallas y las carencias de la Universidad; hoy podemos ver con claridad cuál es el camino para construir un escenario distinto.

Dos. El otro escenario posible de la Universidad del futuro, deberá darse a partir de iniciar un proceso de discusión colectiva entre todos los universitarios, sobre nuestra situación actual y la Universidad que queremos. La Universidad pública mexicana ha demostrado siempre su capacidad de enfrentar y superar retos difíciles, porque ha sido capaz de reflexionar críticamente sobre la sociedad y sobre ella misma.

Reflexión crítica que debe ser el punto de arranque de la discusión y base para diseñar opciones concretas y viables.

El reto esencial será mejorar la calidad de los servicios sustantivos que presta la institución, a través de:

Asegurar un marco jurídico y político que permita actualizar y democratizar la regulación del conjunto de instituciones públicas que se ocupan de la educación superior.

Asegurar un marco de estabilidad financiera, donde se definan criterios explícitos de asignación de los recursos públicos y de la evaluación de su uso y correcta aplicación.

Organizar la administración para que sirva a los fines sustantivos de la institución; para que la administración sirva a la academia.

Asegurar que la docencia y la investigación al servicio de la Universidad sean una profesión bien remunerada, con suficientes apoyos y amplios estímulos a la productividad académica y a la actualización permanente, para garantizar una alta calificación profesional.

Ofrecer una amplia gama de formaciones profesionales con diseños curriculares flexibles que permitan salidas laterales, con alta calificación profesional, proyectadas a partir de una permanente consideración de las necesidades sociales.

Ofrecer una formación profesional polivalente, donde el estudiante como un sujeto activo del proceso de enseñanza-aprendizaje, *aprenda a aprender*, aprenda cómo crear el conocimiento, cómo enfrentar problemas y situaciones no resueltas y cómo acercarse a los problemas y a las dificultades del saber; donde aprenda cómo ampliar y actualizar constantemente su formación.

Ofrecer el espacio y los apoyos y estímulos necesarios para que la investigación humanista, científica y tecnológica alcance el más alto nivel, sin descuidar el vínculo que debe unir la investigación básica con la investigación tecnológica.

Asegurar el apoyo necesario para el desarrollo del conocimiento de punta: metalurgia no ferrosa; telemática; robótica; fármacos; energía solar; biotecnología; nuevos materiales; ecología; efectos sociales de la modernización, la drogadicción, etc.; campos señalados a título de ejemplo.

Asegurar el acceso a la educación superior a los trabajadores, a través de un proyecto de Universidad Abierta, que permita una formación igualmente de alta calificación y polivalente, y que haga posible la educación permanente para todos. En este sentido habría que recuperar el carácter original del proyecto de 1972 y reflexionar sobre el establecimiento de las casas de la cultura universitaria como centros de difusión de la cultura.

Producir métodos nuevos de enseñanza-aprendizaje, que incorporen el uso de los recursos y las tecnologías modernas en todos los niveles del proceso de conocimiento y asegurar su constante actualización frente a los descubrimientos científicos y tecnológicos.

Diseñar un plan de formación de personal altamente calificado y asegurar su incorporación a la vida académica. Distribuir equilibradamente, en una amplia gama de opciones, los servicios educativos y los recursos asignados.

Otra vez, lista indicativa que no inventario, pero en todo caso, lista de problemas cuya solución nos permitirá asegurar que nuestra Universidad, la Universidad pública mexicana, tenga el más alto nivel académico,

sea capaz de orientar la vida de la sociedad y conserve, abierta a todos, su carácter público y gratuito, para que produzca y transmita el conocimiento humanista, científico y tecnológico y albergue lo mejor de la reflexión crítica.